

Los jubileos, por tanto, se repitieron á intervalos cada vez mas cortos; al principio debian repetirse de siglo en siglo; luego cada 50 años, atendido el corto término de la vida; despues se redujo el intervalo á 33, y finalmente á 25 años. Las muchas ediciones de libritos destinados á servir de guia á los que deseaban peregrinar á Roma, que se publicaron en Alemania en el siglo xv, son una prueba del afan con que los alemanes se apresuraron á participar de los beneficios espirituales de los jubileos y de otras fiestas. A las personas que no podian ir á Roma á gastar allí su dinero, se facilitaron ocasiones diversas y cómodas para adquirir las indulgencias deseadas en su país y hasta en su misma casa, á cuyo fin agentes de Roma recorrieron toda la Alemania durante una larga série de años. En todas las grandes ciudades se destinaron siete iglesias á representar las principales de Roma, y para aquellos á quienes costaba demasiado trabajo visitar las siete iglesias, se dispusieron en una de ellas siete altares que producian para el que los visitaba el mismo efecto espiritual que la visita de los siete templos. Ocioso es decir que los fieles alemanes aprovecharon con avidez tan excelente combinacion para ahorrarse el viaje molesto y costoso á Roma, mientras para las arcas de la curia el éxito de la campaña de indulgencias inaugurada en 1488 y continuada en los años siguientes en Alemania fué completo, segun lo proclaman todas las relaciones que tenemos de aquella época sobre este punto. El ya citado clérigo cronista de Erfurt escribe: «Las cartas (proclamas) papales otorgaban á los agentes que las llevaban autorizacion para conceder perdón de todos los pecados, por grandes que fuesen, á excepcion de los que quedaban reservados al Papa. Los agentes podian absolver á los moribundos de todos los pecados, culpas y penas; toda persona que confesaba y daba su correspondiente ofrenda participaba de las buenas obras que se verificaran en toda la cristiandad; y por medio de ofrendas podia obtenerse hasta la absolucion de pecados cometidos por difuntos, cosa que jamás se habia oido.» El asombro mezclado con alguna desconfianza que causó en Alemania la extension del poder absolutorio del Papa hasta al purgatorio, está confirmado por el testimonio del abad Tritemio.

Al cabo de cierto tiempo empezó á enfriarse el entusiasmo á fuerza de la frecuencia con que pasaban los agentes que predicaban y vendian absoluciones, y el pueblo comenzó á tener dudas respecto del empleo de los fondos recaudados para la guerra contra los turcos. Sebastian Brant escribió ya en 1494:

«La absolucion no tiene valor alguno, ni nadie pregunta por ella ni la solicita, y muchos no pagarian por ella ni un céntimo aunque se la llevaran á su casa.» Por supuesto, esta es una exageracion de aquel autor satírico, porque la gente de aquella época, reconociendo los pecados como culpas punibles, era incapaz de comprender otra manera de descargarse de ellos que pagando su equivalente el culpable ú otro por él, ya en dinero ya con alguna peregrinacion. Dado este modo de pensar la ventaja era para el rico, pero tambien la necesitaba mas, porque la pobreza y la miseria eran ya un mérito ante Dios y aproximaban al individuo por sí solas al cielo. Una opulenta ciudadana de Nuremberg pide en su testamento, otorgado en el año 1447, que la entierren en la iglesia de los descalzos; deja limosna para decir mil misas por su alma en los primeros treinta dias despues de su muerte, y á mas encarga á una persona que en la época de las indulgencias haga en lugar de ella la peregrinacion á Asís y á Roma.

Peor efecto que esta solicitud por la salvacion del alma causó el mercantilismo del clero en la administracion de los sacramentos mas indispensables; y las quejas que se oían

hasta la época de la reforma acerca de la manera indigna con que el clero se hacia pagar los bautizos, confesiones, casamientos, comunión y entierros eran tan frecuentes como las relativas á la manera de obligar á los pecadores á pagar con dinero las penitencias impuestas en el confesonario. Este comercio era imitacion del que la curia hacia con los cargos, privilegios y beneficios eclesiásticos, conforme á un arancel impreso á fines del siglo xv, y en el cual la parte mas escandalosa es la relativa al pago de penitencias que correspondia imponer al Papa por crímenes horribles, como parricidio, incesto y perjurio, desprecio de los mandamientos, entredichos y otros. Hasta los usureros y otros poseedores de bienes mal adquiridos podian conservarlos y quedar libres de cargos de conciencia si pagaban á la Iglesia una cantidad convenida en cada caso. La curia, que permitia á los clérigos el concubinato mediante un impuesto, bien podia cobrar tambien el barato de los usureros y ladrones. La imaginacion del pueblo alemán, y mas del pecador, estaba llena de diablos y de horrores del infierno, supersticiones que recibian continuo alimento por los impresos y obras de arte fantásticos de la época, pero tambien percibia en medio de este cuadro horrible las figuras de los dispensadores de gracias celestiales, y la Iglesia, solícita, le enseñaba la manera de adquirir éstas y eludir la ira del eterno juez y las penas del infierno.

El carácter de una época y de una civilizacion se manifiesta á veces en las cosas mas tenues, como en aquella astucia piadosa que refiere un libro de devocion del siglo xv, titulado: «El Baño de la Conciencia.» «Un rico moribundo no quiso confesar, pero el cura le dijo que si confesaba, él cargaria con todos los pecados del moribundo y le cederia en cambio todas sus buenas obras. El rico aceptó y comunicó al cura, como no podia menos, todas sus maldades para que supiera de qué se encargaba, y de esta manera hizo la confesion. Esta confesion, buena ó mala, le aprovechó, porque el mismo cura vió á los ángeles llevar al cielo el alma del pecador cuando expiró.»

Hubo tambien alguna conciencia que no logró tranquilizarse con todos los recursos de la Iglesia, y muchos eran los que miraban indignados los manejos del clero ambicioso, sediento de dinero y esclavo de los goces materiales. Una reforma religiosa ó social no muy lejana é inevitable estaba en la atmósfera.

## CAPITULO VI

### LA REFORMA RELIGIOSA Y LA HEREJÍA

A pesar de todos los indicios morbíficos era patente en la iglesia alemana un anhelo sincero de reforma en el siglo xv. Hoy es cosa probada que la Iglesia, no solamente reconoció la importancia, sino que inculcó vivamente al clero la necesidad de los sermones, y tambien está probado que mucho antes de Lutero se habia publicado la Biblia en alemán en un gran número de ediciones. De esto, sin embargo, no debemos inferir que los sermones hayan satisfecho la necesidad entonces existente, ni que la Iglesia haya fomentado la lectura de la Biblia entre los laicos. Verdad es que desde siglos podia gloriarse la Alemania de tener oradores sagrados notables y populares. A David de Augsburgo y Bertoldo de Regensburgo siguieron el maestro Eckhart, Enrique Suso, Tauler, y en el siglo xv Geiler de Kaisersberg, que en sus obras dice que la misa sin sermón causa mas daño que el sermón sin misa. Se conservan, en efecto, del siglo xv y aun del siguiente muchos decretos sinodales que prescriben los sermones en todos los domingos y dias de fiesta; tambien son en gran número las fundaciones de empleos especiales de pre-

dicadores, y además existe de aquella época una literatura voluminósima de elocuencia sagrada, escrita casi en su totalidad en latín, lo que ha dado lugar á la creencia, probada solo recientemente como errónea, de que en aquellos tiempos se predicó en Alemania en latín. En los libros de devocion de aquella misma época, se califica de pecado mortal muy grave la no asistencia al sermón, y el ya citado «Baño de Conciencia» dice que todo cura que no puede ó no quiere predicar se halla en pecado mortal. En otro escrito se lee que sin los sermones los hombres recaerian pronto en el gentilismo. Esta solicitud de recomendar é imponer la predicacion y la asistencia á ella, y de crear plazas de predicadores en lugares donde el clero era ya numerosísimo, prueba cabalmente que la práctica no correspondia á la necesidad ni á los buenos deseos.

En efecto, si consideramos las muchas quejas que leemos en los escritos de la época contra la indolencia del clero parroquial en la administracion de los sacramentos y en el cumplimiento de las misas, es permitido suponer que peor debia de estar en materia de sermones, que exigen mucho mas estudio y trabajo. Abundaban manuales para los predicadores, como aquel que llevaba el título significativo: *Dormi secure* (duerme tranquilo); los habia para todos los actos del culto, con los Evangelios y otros textos bíblicos dominicales, para guia de los confesores, curas párrocos y catequistas, y sobre todo una abundancia grande de colecciones de sermones. No faltaban compradores, porque se conocen del siglo xv nada menos que 41 ediciones diferentes de la coleccion de sermones del fraile dominico Juan Herolt. Para el clero pobre habia Biblias con comentarios, confrontaciones de pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, y grabados en madera, por supuesto muy toscos, todo para facilitar al clérigo ignorante los rudimentos de la historia sagrada; pero en general debia de ser muy débil el deseo de estudiar estos libros, porque el honrado Wimpeling dice que cuando laicos y hasta gente del pueblo leían en alemán la Biblia, la Imitacion de Cristo y otros libros espirituales, era muy vituperable que los clérigos mostraran repugnancia á estas lecturas. Mas significativa es la recomendacion que hace el sínodo de Brixen al clero, de anotar en su misal ó en otra parte el padrenuestro, el avemaría y los diez mandamientos de la ley de Dios, que cada domingo debian recitar al pueblo, «á fin de que su conocimiento llegue á las generaciones venideras.»

Mas importante que la escasez de los sermones era su calidad. Respecto de este punto se observan dos extremos que en ellos se tocan casi sin transicion alguna. Los sermones alemanes del siglo xv presentan una exuberancia de ciencia escolástica y dogmática que ahuyenta al lector, y al propio tiempo un carácter popular que con frecuencia degenera en trivial y soez; si bien esta mezcla no es sino el reflejo del rasgo mas característico del último período de la Edad media, rasgo que en Alemania mas que en otra parte alguna se conservó con una tenacidad en extremo lamentable á pesar del Renacimiento. Una figura excepcional es entre los oradores sagrados alemanes del siglo xvi Juan Veghe de Munster, con su elocuencia libre del fárrago escolástico sin ser nunca grosera. En cambio tenemos en los sermones del famoso predicador Gabriel Biel de Tubinga un ejemplo de la insulsez á que llegó entonces la disertacion dogmática en los sermones, amenizada en cambio en muchos casos con alegorías, ejemplos y cuentos á cual mas extravagantes, tanto que excitaron ya en aquel tiempo las criticas de algunas personas reflexivas. Un sermón, para ensalzar el poder de la Virgen, refiere que ésta salvó las almas de frailes que habian llevado una vida depravada, pero que siempre habian rezado pun-

tualmente el avemaría. En otro sermón leemos que algunos peregrinos vieron colgadas de un árbol cinco almas, y al regresar de su peregrinacion habian desaparecido cuatro y solo quedaba una, la cual dijo no tener amigo que rezara por ella, como sus compañeras, que gracias á los rezos de amigos se habian salvado. Entonces uno de los peregrinos se decidió á emprender á favor de aquella alma otra peregrinacion á Roma, y con esto bastó para que el alma subiera al instante al cielo. «Así, dice el sermón, hay muchas almas en el purgatorio que se salvarian con solo rezar por ellas cincuenta padrenuestros.» Geiler de Kaisersberg trata extensamente en sus sermones de cuestiones escolásticas: de la forma en que el ángel anunciador apareció á la Virgen; si se presentó como varón ó como hembra; si llevaba ropaje blanco, encarnado ó de colores varios; y de la edad de San José, si era ó no tan viejo como le pintan. Geiler resuelve esta última cuestion diciendo que San José era jóven y despues de Cristo el hombre mas hermoso que se ha visto. Habla tambien de los dolores del parto de la Virgen y decide que debió de padecerlos corporales, porque la representan siempre con la aureola de los mártires. Fija tambien su asiento en el cielo en la proximidad de la Osa mayor, al Norte y en la parte que se veía desde Estrasburgo en direccion de Colonia.

Así y todo, Geiler representa mejor que ningun otro orador sagrado de aquella época el gusto y la índole de sus compatriotas y de su tiempo. Su estilo cordial y franco, su práctica de la vida y sus chistes rudos debieron ciertamente de entusiasmar á sus oyentes. Fué un verdadero predicador del pueblo, que habló su lenguaje con las figuras y chistes del hogar y de la calle de su tiempo, imitando en sus sermones cuando convenia hasta el repique del tambor y el ladrado de perros, y todo esto mezclado con aquellas cuestiones escolásticas y empleando sin escrúpulo alegorías las mas robustas para penetrar en el perezoso entendimiento de sus oyentes. En una serie de 65 sermones sobre la pasion, compara á Cristo con una torta; Cristo es nuestra torta, dice, y se compone de la esencia divina, que es la harina de habichuelas de la torta, del alma, que viene á ser la harina de trigo, y de la misericordia, que es la miel. Se punza su cuerpo como la torta y la pasion es el horno; despues se le envuelve, como la torta, en paños blancos como la nieve, y el predicador la reparte entre sus oyentes despues de cortarla en pedazos. Ahora, respecto del número de pedazos hay divergencias; Buenaventura la divide en 42, Ubertino en 149 y Enrique Suso en 100. En otros sermones compara á los buenos cristianos con suculentos embutidos, y á Cristo, que lleva nuestros pecados, con el borrico que lleva una carga de estiércol.

Si se encuentran estas cosas en los sermones de Geiler de Kaisersberg, llamado la trompeta de Estrasburgo, y que fué en realidad un gran talento, podemos suponer lo que serian los sermones usuales que se ofrecian entonces á las masas. Un sínodo encargó al clero que no contara al pueblo en sus sermones cuentos supersticiosos, como el de San Blas, de Santa Bárbara y otros santos. Tambien podemos formarnos una idea de este extremo si leemos la balumba de supersticiones de que rebotan los sermones del mejor de todos los predicadores, Geiler de Kaisersberg.

Como es de suponer, no era mejor el resto de la literatura devota que los sermones, y la multitud de las obras de esta clase y de sus ediciones prueban que el pueblo laico las compraba y leía con afan, porque no es de suponer que un clero que ningun afan mostraba por desempeñar su mision, comprara todos aquellos innumerables libros, impresos en alemán y cuyos títulos eran ya por sí verdaderos reclamos, como «El Llamador de los Corazones;» «La Campanita devota del Tiempo;» «El Depositario del Tesoro;» «La Guia del Al-

ma;» «El Consuelo del Alma;» «El Huertecito de las Especies del Alma;» «El Camino del Cielo;» «El Jardín del Rosario;» «Las 24 Arpas de Oro;» «El Espejo de Oro del Pecador;» «El Sendero de la Salvación eterna,» cuyo autor era caballero de una orden religiosa. Estos y otros libros eran obras, ya antiguas, ya modernas, que inspiradas por un sincero fervor religioso comprendían mezclado entre oraciones y meditaciones devotas, mucho fárrago escolástico y legendario; de modo que uno de estos libros, «La Guía del Alma,» dice al lector: «No has de creer todo lo que leas en los libros devotos.» «El Consuelo del Alma,» otro de los libros devotos más generalizados, promete omitir todo lo que no tiene visos de verdad; y á pesar de esto refiere las cosas más estupidas, como el caso del rico cuyo corazón no se encontró después de muerto en su cadáver, sino en el arca donde guardaba su dinero en vida; el del diablo que apuntó en un papel á las personas que cuchicheaban y charlaban en la iglesia, y después daba cabezadas contra la pared; el de la moza que solía bailar en viernes y á quien el demonio dejó en estado horrible, mas haciendo voto de enmienda recobró la salud, y finalmente el caso del hombre que bebiendo se había burlado del miércoles de Ceniza y se vió desde aquel instante envuelto por todas partes en una lluvia de ceniza que acabó por asfixiarle.

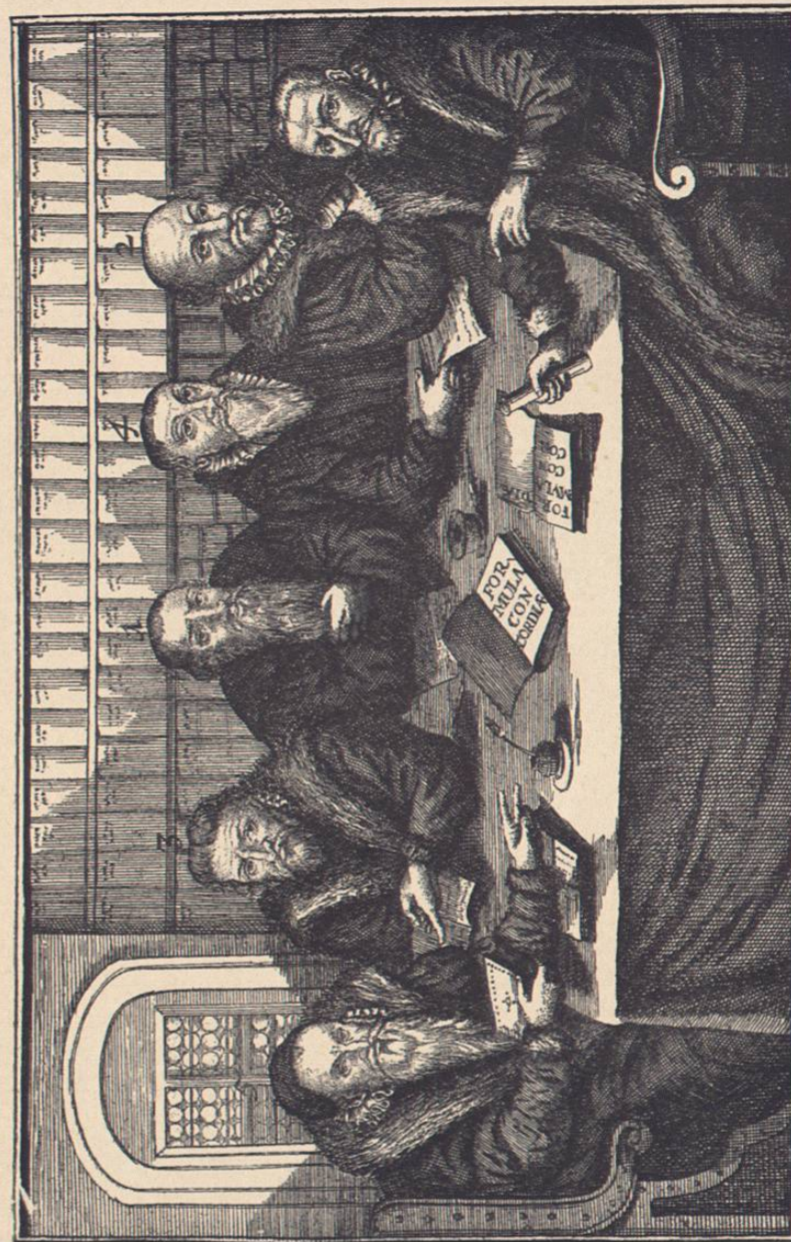
Otro autor eclesiástico, Lanzkranna, de Viena, describe en cambio una familia religiosa cuyo jefe va la tarde del domingo con su mujer, sus hijos y criados al sermón y de vuelta á su casa, discurre con los suyos sobre lo que han oído, sobre los diez mandamientos de Dios y sobre el padre nuestro y para concluir les hace cantar un himno á Dios, á la Virgen y á los santos, sin por esto olvidar su copita de vino.

El fomento enérgico y la popularización de los sermones, y toda la literatura religiosa del siglo xv, incluso las traducciones de la Biblia, allanaron evidentemente el camino al espíritu del siglo xvi. Existen del tiempo anterior á la reforma religiosa protestante nada menos que diez y siete ediciones completas de la Biblia en el dialecto alemán meridional ó del Sudoeste y tres ediciones en alemán del Norte ó Noroeste, además de un grandísimo número de ediciones de los Evangelios y epístolas. Brant afirma, si bien con evidente exageración, que en todas las comarcas abundaban las Sagradas Escrituras, las Biblias, los Santos Padres y otros libros por el estilo; y Celtis dice en uno de sus escritos á los clérigos, que no había hostería ni taberna donde no se encontraran las Escrituras Sagradas. No todo el mundo tenía dinero para adquirir una de aquellas Biblias voluminosas y caras, pero el que no podía comprar toda una Biblia, compraba los Evangelios. El predicador Surgant, de Basilea, recomienda á los curas que añadan á la lectura del Evangelio el sentido del mismo, porque atendido el gran número de ediciones y traducciones de los Evangelios que estaban en manos del pueblo, convenía explicarlos para evitar confusión y dudas.

No cabe duda hoy que los editores de las Biblias y Evangelios los publicaban principalmente con el deseo de fomentar su lectura, que recomiendan igualmente con mucha solicitud gran número de libros de devoción, perfectamente católicos y ortodoxos. El «Libro de los Evangelios,» impreso en Basilea en 1514, aconseja «á toda persona de reflexión leer siempre con afición la Sagrada Escritura.» Un consejo análogo, á veces unido al de atenerse al criterio de la Iglesia cuando algo pareciera oscuro al lector, encontramos también en otros libros de esta clase. El editor de la Biblia impresa en Colonia, dice en el prefacio del libro, que todo cristiano, y en especial las personas sencillas, sin estudios, tanto laicas

como eclesiásticas, deben leer la Biblia con fervor y veneración, elevando su corazón á Dios y suplicando al Espíritu Santo que las ilumine para que puedan entender el libro, como el mejor escudo contra las armas del infernal enemigo. También aconseja atenerse en los pasajes oscuros á las explicaciones de la Iglesia, que no miraba sin inquietud fundada la propaganda del estudio de la Biblia por los laicos. Por eso un eclesiástico al hablar de la traducción de la Biblia en inglés vulgar, por Wiclef, dijo que éste había arrojado la perla del Evangelio á los cerdos y hecho de la joya del clero un juguete de los laicos. Los loldos ingleses en el siglo xiv y los husitas de Bohemia leían la Biblia con grandísimo celo, y al fin empezó también á leerla algún hombre del pueblo en Alemania, á juzgar por lo que dice el fraile franciscano Juan Pauli de un labrador de Villingen, llamado Juan Wernier, «que sabía leer, y habiendo aprendido casi toda la Biblia de memoria, en todas partes disputaba con los curas, diciéndoles que le indicasen en qué pasaje de la Biblia estaba tal ó cual cosa.» Se ve que mucho antes de Karlstadt y Tomás Munzer había ya en Alemania hombres del pueblo que sabían la Biblia y querían que se les probase todo con pasajes de este libro. En vista del peligro creciente que cerraba para el clero la ilustración religiosa del pueblo, el príncipe elector Bertoldo de Maguncia publicó en el año 1486 su célebre decreto de censura para su provincia eclesiástica, prohibiendo la impresión de toda obra que no estuviese autorizada por la censura eclesiástica y negando al idioma alemán la capacidad de expresar convenientemente cosas científicas y sobre todo cosas religiosas. Llama el decreto atrevidos y necios á los que hacen servir el arte divino de la imprenta para dar al público semejantes cosas desfiguradas arbitrariamente al querer expresarlas en alemán, siendo un error, dice el príncipe prelado, creer que mujeres y gente sin instrucción puedan entender bien el Evangelio ni las epístolas de San Pablo. Esta declaración de guerra á la imprenta iba dirigida evidentemente contra las Biblias y contra toda la literatura religiosa, cuyo crecimiento cada día mayor era para la Iglesia en la situación en que estaba entonces una amenaza aterradoras. Así, con sorna maliciosa, el humanista semi-pagano Celtis decía que los sacerdotes no podían ya tener por más tiempo reservada para sí la ciencia sagrada, y que los secretos del cielo y del infierno no podían ya salvarse de la prensa tipográfica. Como Bertoldo pensaban también Geiler, Brant y otros. Geiler, el orador sagrado del pueblo, dice en sus sermones: «Es muy malo esto de imprimir la Biblia en alemán, porque se ha de entender de un modo muy diferente de lo que dice el texto, si no se quiere errar. El texto solo no basta; es menester tener los estudios necesarios.» Dar la Biblia al hombre laico, dice Geiler, es lo mismo que dar á un niño el cuchillo para que se corte él mismo el pan. Sebastian Brant dice al hablar de los laicos que presumen de poder explicar las Sagradas Escrituras: «Si se arrojasen muchos libros al fuego, se quemarían muchos errores.» Juan Busch, el celoso reformador de los conventos, quemó una traducción en alemán de los Cánones que encontró en un convento de monjas. A los falsos profetas de que habla Brant, agrega Geiler en sus sermones sobre el «Buque de Locos» los valdenses y los «hermanos de espíritu devoto,» diciendo: «Son los doctores y glosadores falsos del Anticristo, que preparan el camino á este archi-falsario. Cuando venga encontrará mucha gente de esta clase, y es de creer que no está muy lejos.»

Es difícil fijar siquiera aproximadamente hasta dónde alcanzó la divulgación de las traducciones de la Biblia, pero puede admitirse que á fines del siglo xv la Iglesia vió ya con recelo estos libros en manos de los laicos, y que entonces se



La comisión nombrada para dictaminar sobre el libro de Berg.  
Facsimile reducido de un antiguo grabado en cobre que existió en el convento de Bergen, destruido en 1813.  
El escrito que se hallaba al pie del grabado y que contiene los nombres de los personajes en él representados, está en la página adjunta.

propuso vigilar á los propagandistas de esta lectura. Por lo que toca al decreto de censura de Bertoldo de Maguncia, no parece haber producido gran resultado, porque á las ediciones de Biblias alemanas de Estrasburgo (1466), Augsburgo y Nuremberg se fueron agregando la de Colonia, en bajo alemán, impresa entre 1470 y 1480, la de Lubeck en 1494, y la de Halberstadt en 1522. En todo este tiempo continuaron también los libros de devoción rigurosamente católicos recomendando á sus lectores el estudio de la Biblia.

Mucho se ha divagado sobre reforma religiosa anterior á la gran reforma, y sobre varones reformadores que precedieron á Lutero. Muchísimos de estos habrían rechazado indignados semejante honor si hubiesen podido ver hasta dónde podía ir á parar la reforma; mas no por esto dejaron de cooperar, bien que inconscientemente, á este resultado gran número de personas y corrientes muy distintas que en el siglo xv se movieron dentro de la iglesia alemana, ya por la escandalosa mundanalidad de los mas, ya con el deseo de reformar las costumbres depravadas y la disciplina. La Iglesia había llegado al punto de que todo aviso y tentativa para curar sus males solo servía para acelerar la catástrofe.

Los impulsos mas nobles y fervorosos que el cuerpo de la Iglesia estaba todavía en estado de producir, no hicieron mas que conmover sus mismos cimientos. El misticismo alemán, cuyo representante mas importante era el maestro (de artes y letras) Eckhart, se dejó llevar por el vuelo de su imaginación á una región superior á todo el sacro ceremonial mecánico de la Iglesia, á la región donde el hombre eclesiástico ó laico se pone en contacto inmediato con Dios sin intervención ni auxilio de la Iglesia. Esta elevación era para la Iglesia mas peligrosa que el mismo panteísmo, y sin embargo había nacido y sido cultivada dentro de la misma Iglesia por piadosos frailes dominicos hasta formar un grupo de fieles, compuesto de individuos de ambos sexos, sin distinción de clases sociales, sin constitución ni regla escrita, que en la vasta cristiandad era como una sociedad de elegidos, de seres superiores y libres, entre los cuales no había ya ni clérigos ni laicos, ni llegaban á ellos, que sentían el contacto directo del espíritu creador del universo, el anatema de la Iglesia ni la excomunión. En los sermones y escritos en que Eckhart y sus adeptos comunicaron al pueblo en su idioma sus sentimientos y especulaciones mas elevadas, sirvió el idioma alemán por primera vez de instrumento de comunicación, «á fin de que, — dice Eckhart, — sepan lo que no saben.» «¿Qué buscáis, — dijo á aquella gente sensual y materializada, — en esos huesos (1)? ¿Por qué no buscáis la salud viva que os puede dar la vida eterna? El muerto nada tiene que daros, ni nada os puede quitar.»

Eckhart hubo de retractarse bien ó mal antes de morir, en 1327, de sus ideas sublimes, y ninguno de sus sucesores supo elevarse á la altura que él; todos procuraron evitar la calificación de herejes que había amenazado á su maestro. Eran sus adeptos principales los dominicos Juan Tauler de Estrasburgo, que murió en 1361, y Enrique Suso de Ueberlingen, que falleció en 1366, y el cura Juan Ruysbroek, fallecido en 1381. Tauler dice en sus escritos que «amigos de Dios» (2) se llaman con razón aquellos que se ocultan de manera que nadie puede tomarles en boca ni para bien ni para mal.» También critica á aquellas personas frías y perezosas que se contentan muy tranquilas con haber cumplido con todo cuanto prescribe la santa madre Iglesia.

El misticismo alemán, no obstante su carácter quietista, influyó bajo mas de un concepto en la vida del pueblo, pri-

mero segun veremos por su union con las tendencias heréticas, que no siempre supo rechazar, y despues por su propia obra, la fundación de un cristianismo práctico que nacido de los éxtasis y especulaciones religiosas, se sobrepuso á estas exuberancias. Este fondo práctico había sido señalado ya por Eckhart diciendo: «Aunque estuvieses en un éxtasis como el de San Pablo, si conocieses á un enfermo que necesitase una sopita, harías bien en sacudir el éxtasis y la contemplación del amor de Dios para socorrer, movido por un amor mas grande, al necesitado.»

Este rasgo sano y robusto del misticismo se manifestó primero y con energía en los Países Bajos, donde Gerardo Groot de Deventer, amigo y discípulo de Ruysbroek, echó los cimientos de la asociación de «los hermanos de la vida comun,» de la cual salieron los misioneros de una vida verdaderamente cristiana sin ser monástica. Groot es una de las figuras mas interesantes del último período de la Edad media. Había disfrutado hasta las heces todos los placeres de la vida; había estudiado hasta las ciencias ocultas; y de repente se había convertido, haciéndose tan humilde, que se juzgó indigno de ser ordenado sacerdote, lo cual no fué obstáculo para que llegara á ser un predicador poderosísimo, el terror, el «mazo aplastador» de los herejes, y fundador de aquellas asociaciones religiosas que dirigieron el movimiento reformista en el Norte y Noroeste de Alemania en el siglo xv. De su congregación de Windesheim, que fué el foco de la reforma de los conventos, nacieron é irradiaron también las casas de hermanos y hermanas, en las cuales vivían asociados clérigos y laicos sin distinción y sin voto de ninguna clase, con gran escándalo de las órdenes monásticas, trabajando y viviendo cristiana y devotamente segun un régimen severo establecido en cada casa. Eran estas casas verdaderos oasis de virtud y devoción, sin ostentación ni jactancia, en medio de una humanidad que carecía de sentido moral y con pasión exaltada buscaba una religión que correspondiera á su nacimiento aunque todavía rudo sentimentalismo. Háse admitido durante mucho tiempo como cosa corriente que de estas casas nació también el humanismo alemán, pero este es un error, y también se ha exagerado la influencia de los «hermanos de la vida comun» en la instrucción y en la transformación del antiguo sistema de enseñanza; pero en cambio fué grande el resultado de sus trabajos en el ramo de la literatura religiosa popular alemana y en la oratoria sagrada. Uno de los predicadores mas famosos de estas asociaciones fué Juan Veghe. Otro, llamado Zerbolt de Zutphen, abogó en un tratado que publicó, por la divulgación de la Biblia y otros «libros santos» en el idioma del pueblo.

Prescribiendo el régimen de estas casas á sus moradores el trabajo, ocupáronse muchos hermanos, como los monjes en un principio, en copiar libros, y despues, inventado el arte de imprenta, lo introdujeron en sus casas y lo fomentaron de un modo notable, como recientemente se ha demostrado.

No hay que buscar ideas nuevas en estas asociaciones, ni menos una oposición declarada, bien definida y radical á los abusos de la curia; su espíritu era pacífico y ajeno al ruido. Lo que tuvieron de místicas cabía dentro de la calma y templanza que constituían su rasgo mas característico. Tomás de Kempis, que había recibido su instrucción en la escuela de los hermanos de la vida comun en Deventer, nos ha dejado en su celebrísima «Imitación de Cristo» el modelo de la religión como la entendió y practicó Gerardo Groot y sus adeptos. En esta obra, el deseo exaltado de confundirse en Dios, parece reducido al anhelo paciente y resignado; el misticismo extático se ha calmado, sin dejar enfriar los sentimientos elevados, y se ha transformado en un ascetismo templado que representa perfectamente el espíritu de las aso-

(1) Reliquias de santos.

(2) Así se llamaban Eckhart y sus adeptos.

(N. del T.)